

# Maldita pendiente

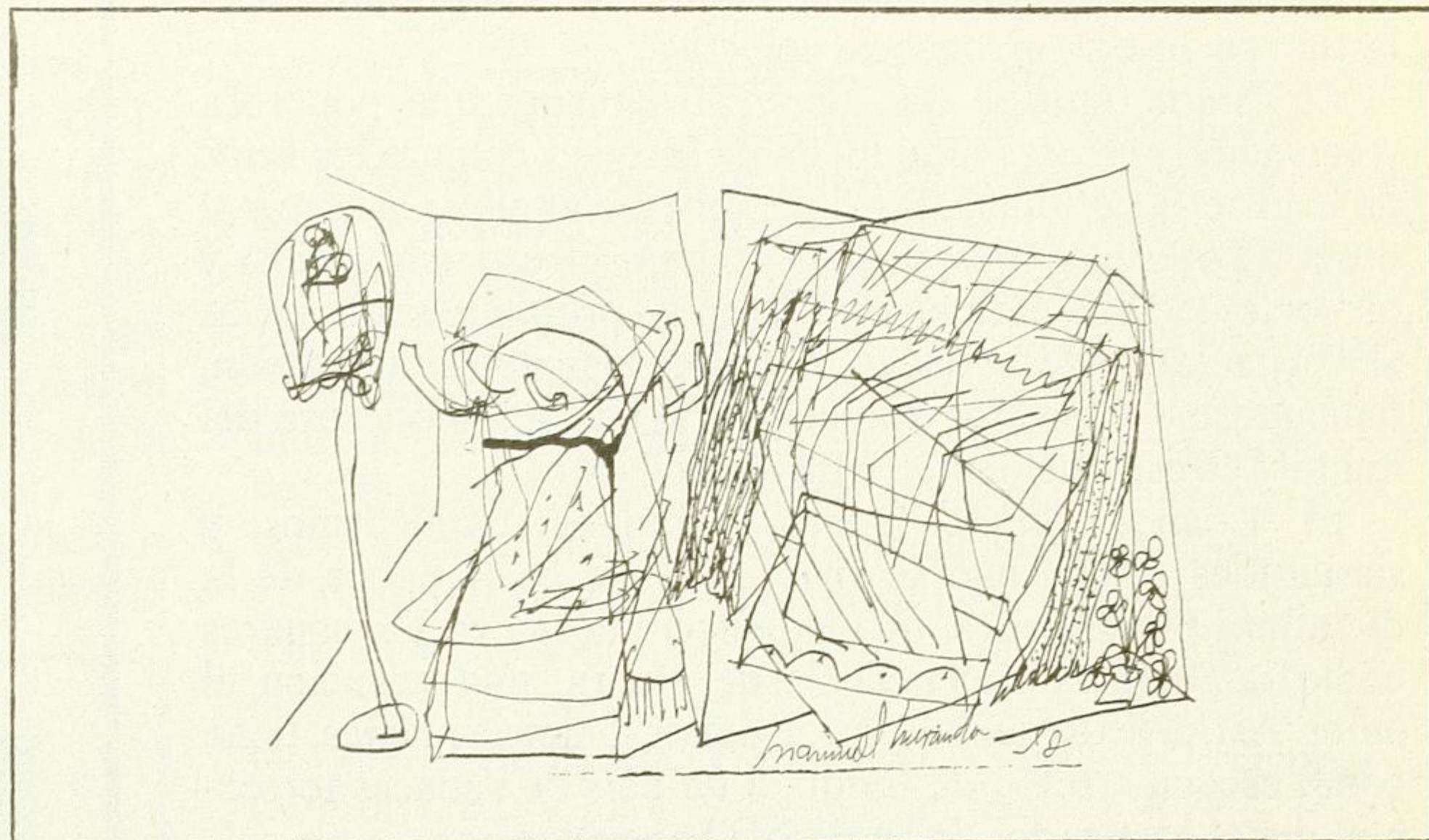
Víctor Jiménez Cruz

La lluvia no cesa de caer, una orquesta de truenos toca ininterrumpidamente. El agua corre por todas partes de aquellas colonias ubicadas en el cerro del Chiquihuite, resbala por las calles, por los techos de lámina, por las pendientes y también por los cuerpos de sus habitantes que se apresuran hacia sus casas.

Cristina regresaba del trabajo, una hora en camión y ahora tenía que subir como todos los días esta pendiente antes de llegar a su casa. Bueno, casa es un decir; en realidad Cristina vivía con sus hijos en un cuarto, arriba de Ticomán ubicado en el cerro.

Los primeros días al llegar de su trabajo, le daba tristeza subir esta vereda; le parecía que su vida era una interminable pendiente, siempre difícil de escalar, siempre, siempre.

Cristina comenzó a subir con cierta habilidad rumbo a su casa apoyando sus pisadas en las piedras del camino; al hacerlo recordó cuando no sabía apoyarse correctamente en las piedras.



-Hoy haré chocolate- pensó, al mirar el agua que corría revuelta con la tierra. Ojalá que ya hayan hecho la tarea ...a veces todo ésto me parece tan pesado... si no fuera por ellos...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Carlitos, de cinco años, que se acercaba gritando:

-¡Mamita! ¡Mamita! ¡Ya viniste, mamita!

-Sí, sí, ya vine Carlitos, ya vine. Y lo alzó para besarlo.

-¿Cómo te portaste? ¿Eh?

-Te quiero mucho

-Mmmm ...yo también, pero se me hace que hiciste algo.

Cuando entraron a su vivienda, la Tota comenzó a hacerles fiestas moviendo su cola y ladrando.

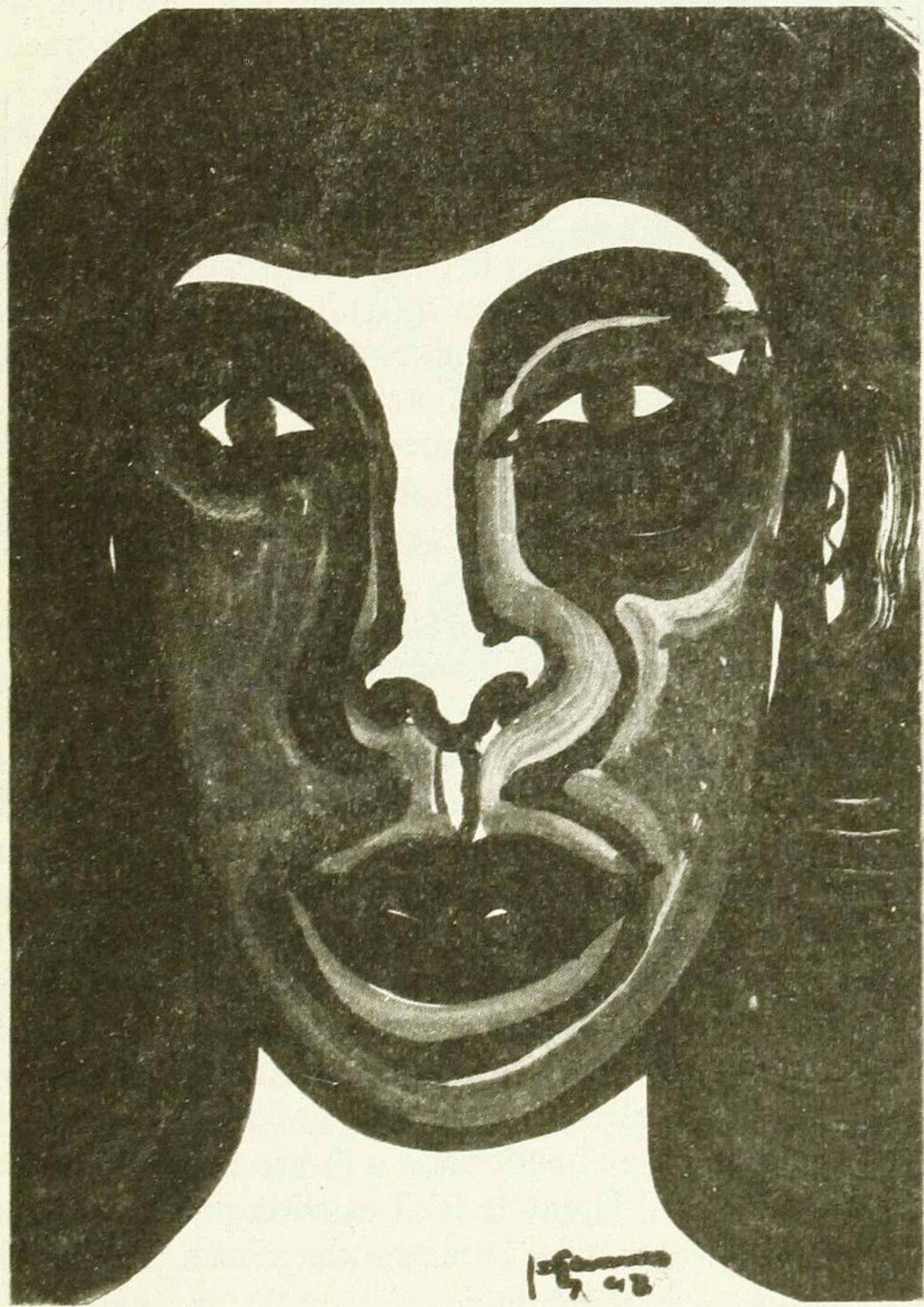
-Leti ¿Ya comieron?

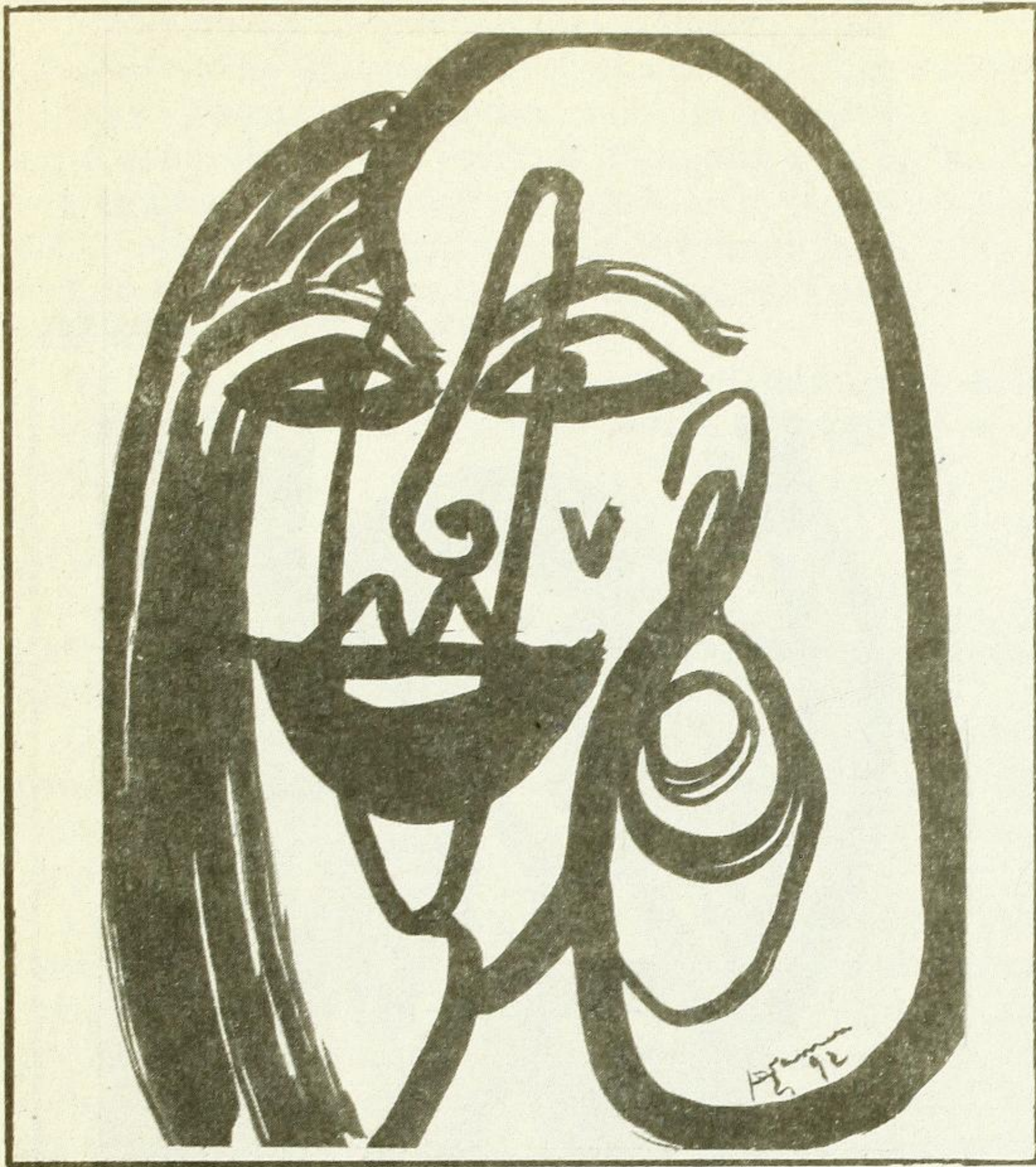
-Si mamá -contestó la niña de siete años, que se acercó muy seria para decirle- Bueno, yo sí pero Carlitos no se quiso comer la sopa.

-¿Por qué no te la comiste? -preguntó Cristina acercándose cariñosamente.

El niño, por toda respuesta, hizo gestos que provocaron risas en Leti y su madre.

En el pequeño cuarto se amontonaban la cama sobrepuesta en varios tabiques, con su colcha descolorida y gastada, a un lado el viejo ropero sin puerta con la luna rota y, haciendo las veces de pata, dos tabiques. Encima de él está la televisión en blanco y negro con su gancho que intenta ser la antena; casi entrando estaba la pequeña mesa medio despintada con sus tablas curvadas y sus sillas flojas, sólo una seguía conservando el respaldo, las otras más bien parecían ser bancos viejos simulando ser sillas. La estufa, recuerdo de la madre, resaltaba en el resto de los muebles. Tal vez por ser lo único que conservaba de su madre, Cristina la limpiaba todos los días. Arriba estaba el trastero que tenía en la parte superior los vasos de plástico usados cotidianamente. A un lado de la mesa estaban las cajas de cartón con ropa sucia. En la cabecera de la cama los cromos del Sagrado Corazón de Jesús y de la





virgen de Guadalupe con su repisa sosteniendo las veladoras; atrás de la puerta la estampa de San Ignacio y una cruz de palmita.

Después de que comieron, Cristina barrió, trapeó, lavo trastes, limpió y puso los frijoles. Cuando planchaba inclinada sobre la pequeña mesa recordó la discusión con el supervisor que le exigía más producción. Todavía no se le borraba su imagen con su tono de voz prepotente y grosero; con ella y todos los trabajadores era así, pero con el gerente se arrastraba y a todo decía: "Sí señor, tiene usted razón".

-¡Maldito! No podía olvidar como le había gritado: Recuerde que no está trabajando en cualquier pinche changarro. Usted labora en Industrias OYWA. Y si no es capaz de colaborar en esta empresa será mejor que lo diga. ¿Me entendió? ¡Es usted una inútil! Cientos de personas desearían el puesto que usted tiene. ¿Me entendió? Cientos, cientos... Cristina se dejó caer sobre una silla e interrumpió por un momento la planchada; sólo por un momento, todavía faltaba la ropa de los niños...

La lluvia continuó, los botes que habían puesto para las goteras hubo que vaciarlos porque ya estaban hasta el tope.

Carlitos no se despegaba de Cristina, por el temor a los truenos. Ella lo cargó amorosamente y le contó un cuento mientras Leticia terminaba su tarea.

-¿Mamá? -pregunto Leticia- ¿Qué es una pendiente?

-¿Una pendiente?

-Sí, me lo dejaron en la escuela.

-Ven, mira ¿ves este caminito que todos los días tenemos que subir y bajar aunque estemos cansadas?

-Sí

-Esa es una pendiente.

Leticia volvió a su tarea y Cristina no quitaba la mirada de la pendiente. "Nuestra vida ha sido una pendiente... Siempre difícil de subir..."

La lluvia le recordó a Carlos... Te pedí que no me abandonaras, que no te fueras... me dejaste Carlos... me dejaste...

La noche cubrió la ciudad: desde el cerro del Chiquihuite, se observan las luces de la metrópoli, simulando ser veladoras que la iluminan. En Ticomán y en el cerro, la lluvia apagó las veladoras, así que esa noche la mayoría de sus habitantes se acostó más temprano que de costumbre.

Cristina, como muchos otros, cayó profundamente dormida.

Al día siguiente don Eduardo, respetable hombre de negocios dueño de varias empresas entre las cuales figura Industrias OYWA y conocido industrial de Tlalnepantla, se alegró de que con la lluvia, su jardín luciera tan fresco. Cuando le trajeron el desayuno ojeó el periodico en la sección financiera descubriendo que sus acciones registraban una alza.

-¡Una pendiente favorable!- dijo a manera de broma. Con una sonrisa de satisfacción como si se hubiera realizado lo que de antemano ya esperaba, interrumpió su lectura para no retardar más su desayuno. Curiosamente, en la parte trasera de esa noticia, se encontraba esta otra:

-"Debido a las fuertes lluvias acaecidas el día de ayer, hubo un desprendimiento en el cerro del Chiquihuite, en Ticomán. Varias casas fueron dañadas, una de ellas totalmente destruida, resultando la muerte de dos menores de edad de cinco y siete años.

"Su madre se encuentra hospitalizada ya que, debido al accidente, permanece en estado de shock repitiendo incesantemente:

"Maldita pendiente..."

